

Las elecciones en nuestro Centro

De nuestro ambiente

En nuestro pequeño mundo, en la estrechez material donde accionamos, repítense los fenómenos y desenvuélvense las actividades con asombrosa identidad respecto de los pueblos.

Ni la iniciación de los cursos, ni el interés de las clases, ni siquiera el instante del examen, logran poner una nota tan característica en el ambiente estudiantil de nuestra casa, como los preliminares de la elección de autoridades para el Centro de Estudiantes.

La pasión política y partidista, con todos sus caracteres inconfundibles, se manifiesta en mil tonalidades distintas; desde la insípida propaganda a media voz, que representa los tonos claros del conjunto, hasta la roja pincelada trágica que pone la pasión exteriorizada en gestos o en palabras.

No faltan los otros... los que dan tintes grises indefinidos, que sirviendo de fondo, realzan hasta los más insignificantes trazos del primer plano; los intrigantes, incapaces de afrontar las situaciones francamente; las que sólo saben herir por reflexión, los que temerosos de mostrar la miseria de sus ideas, no

dan jamás la oportunidad de defenderse al que hieren, desde la oscuridad, donde se retuercen, ahogándose de impotencia.

De estos también hay en nuestra casa y velando por la salud moral del conjunto, por simple vía de saneamiento, han de ir eliminándose, lentamente quizás... como han vivido.

Es francamente sensible que así ocurran las cosas en nuestro medio, donde hemos recibido tantas sabias lecciones de prudencia y de integridad moral; en nuestra casa, donde la mujer pone la nota de dulce ingenuidad en el conjunto; la mujer, que en lugar de acaudillar multitudes, yo quisiera fuera el ritmo dulcísimo de los consuelos, alma sensitiva para enjugar lágrimas que lloran los vencidos; aproximación afectuosa en la suprema desventura de los que pisan el dintel de la última esperanza; aurora en la noche; sol en los hielos; himno en los páramos; flor en los desiertos; aroma en las soledades; esperanza en la derrota; amor en las almas donde el amor se apaga... Magdalena simbólica de todos los dolores de la tierra, para enjugar los infortunios que lloran, las plegarias que sangran, las flagelaciones que envilecen, las desolaciones que hielan...

Celina Balán.

Proclamación de candidatos

La renovación de las autoridades de nuestro Centro ha despertado este año un interés inusitado entre sus asociados, y la lucha entre los dos grupos, bastante equilibrados en fuerzas, ha sido intensa y encarnizada. Los resultados del acto electoral, que se realizó en medio de un gran entusiasmo, los publicamos en la "Sección Oficial". Aquí, en cambio, queremos hacer la crónica de los actos de proclamación de las dos fórmulas, por el interés que revisten los discursos de los candidatos como exposición de sus programas de acción:

Proclamación de la fórmula Bogliolo-Viacava

Tuvo lugar esta proclamación el día 25 de Abril, en el aula núm. 1 de nuestra Facultad, ante numerosa concurrencia. Abrió el acto el señor Cassinelli, con un breve discurso, y en seguida cedió la palabra al señor Bogliolo, candidato a presidente, que hizo la siguiente exposición:

En estos días de propaganda electoral muchas personas, sobre todo las ajenas a las cuestiones del Centro, nos han preguntado con cierta extrañeza el por qué de nuestra falta de propaganda. Supongo que los adversarios se han formulado igual pregunta. La respuesta es breve: no hacemos propaganda ruidosa, porque no nos pagamos de aparatosidades, que si pueden conseguirnos algunos votos pueden también provocar una sonrisa de conmiseración en los alumnos condiscípulos de varios años en nuestra Facultad.

Sin querer hacer juegos malabares con las palabras, no diremos que nuestro programa es no tener programa. Pero sí diremos que nuestro programa de acción está encerrado en estas pocas palabras: buena voluntad, buenas intenciones. Y esto, claro está, para algunos tiene el siguiente significado: «He aquí un señor que, apremiado por una obligación, no teniendo nada que decir acerca de una posible actuación en la presidencia del Centro, esquivo el bulto afirmando que tiene buena voluntad.» Sin embargo, para muchos otros, especialmente para aquellos que conocen al Centro, que conocen a otros Centros, que conocen a la Facultad y a otras Facultades, que conocen a la Federación Universitaria, que conocen, en fin, algo de la vida estudiantil, para ellos tener buena voluntad, significa tener mucho.

Hubiese sido relativamente fácil para nosotros redactar un extenso programa, lleno de promesas. Fácil, decimos, de redactar. Un poco más difícil el empapelar las paredes de la Facultad con ese programa, y completamente imposible el afirmar nuestra capacidad para llevarlo a feliz término. El hacerlo hubiese sido mentir, y mentir conscientemente, lo cual es mentir dos veces.

Como no estamos acoquinados por los sucesos que conmueven hoy a la humanidad, no tenemos el temor que hace a ciertas personas extremadamente democráticas. Nos referimos a personas de nuestra Facultad, las cuales creen de imprescindible necesidad el salir a la calle y volcar en ella los conocimientos adquiridos en las aulas, pues las exigencias proletarias así lo quieren. Aprender castellano, hoy, no es el mejor camino, ni mucho menos, para el pueblo deseoso de

adquirir mejoras sociales, que no están radicadas, precisamente, en el lenguaje. Nos falta, a los estudiantes de esta casa, considerados colectivamente, cultura general que nos habilite para tareas de esa índole. El problema, a pesar de su actualidad, no es actual para nosotros, que debemos resolver cuestiones internas antes de hacer prédica fuera de la Facultad. No nos hemos aún entendido con nuestros profesores, con nuestros condiscípulos, con otras instituciones similares, y todo esto cobra más importancia, por casero que sea, que esa acción externa.

Los programas expuestos detalladamente con anterioridad, suelen fracasar no pocas veces, merced a circunstancias inesperadas. Sirvan de ejemplo a lo que decimos, la reciente reforma universitaria, y los sucesos cordobeses, los cuales plantearon a los centros estudiantiles problemas de una importancia no sospechada, obligando a los alumnos a resolver cuestiones acerca de las cuales bien pocos estaban enterados. Fué menester en esos momentos obrar en forma completamente circunstancial. En ningún programa de Centro, que sepamos, se plantearon esos problemas, por lo menos en la forma que fué necesario hacerlo de inmediato.

Hoy, las circunstancias ofrecen a los que han de gobernar al Centro durante el período próximo, una ocasión excelente para hacer buena obra. Nos referimos a la provisión de suplencias de muchas de las cátedras que se dictan en nuestra Facultad. De ser verídicos los rumores que se oyen en los corrillos, varios serían, de entre los alumnos apenas egresados (y hasta no egresados) los que aspiran a las tales suplencias: Pues bien: solamente un decidido empeño por parte del Centro, bastaría para conjurar el peligro que trae aparejado el error de proveer cargos con personas que bien pueden ser brillantes promesas para un futuro que deseamos no lejano, pero que, por ahora, no son sino promesas. El tener malos profesores como herencia de un régimen que ya no existe, es perdonable, pues que los estudiantes no éramos arte ni parte en la marcha de la Universidad. Pero que los tengan malos los que dentro de pocos años ocupen las aulas donde hoy aprendemos nosotros, y que los tengan malos pudiendo hacer nosotros para que los tengan buenos, eso sí que no es perdonable.

Prometer buena voluntad vale, a nuestro juicio, tanto como prometer desde la mudanza del local de nuestra Institución, hasta la transformación de la misma en el núcleo de la cultura superior de nuestro país, y si esas promesas se hacen con fines puramente electorales, entonces la primera vale más. Por lo menos, no se defraudan tantas esperanzas.

Acallados los aplausos que tributó la asamblea al orador, cerró el acto el señor Villafior, con un discurso dirigido principalmente a las señoritas que propiciaban su lista.

Proclamación de la fórmula Pessolano-Gonzalez

Con el aula magna repleta de concurrencia se realizó la proclamación de la fórmula "Pessolano-González" el día 28 de Abril.

Abierto el acto por el señor Magnanini, tomó la palabra el señor Rohde, expresándose como sigue:

Estudiantes:

Alejado, desde hace un tiempo, de la acción militante del Centro de Filosofía y Letras, hoy rompo mi silencio a fin de que no se entienda que los intereses universitarios me son indiferentes, sea su bandera de combate azul o blanca, y para prestar, ya que he sido requerido a ello, mi sincero aunque modesto aporte, puesto que abrigo la convicción de que en estas luchas unos a los otros nos debemos, ya con la prédica oral, ya con la palabra escrita. Hoy rompo el silencio, repito, para recogerme luego a su seno, llamado por un grupo de estudiantes que patrocinan la lista Pessolano-González en los próximos comicios de este Centro, y cábeme, por tanto, el honor de proclamar ante vosotros dicha fórmula en el acto que ahora celebramos.

Bien se me alcanza la importancia que asume la dirección de los negocios del Centro, con la reforma universitaria que puso en nuestras manos prerrogativas y derechos, y creó, hay que decirlo, deberes y responsabilidades en la conciencia de los estudiantes, que, libres de trabas y de rigor disciplinario, gozan de libertad electiva, intervienen en la designación de sus maestros, y hacen oír su voz en las decisiones del consejo universitario. Obtuvimos un «summum» de facultades; seamos dignos de ministrarlas con autoridad y justicia. Cada uno de nosotros debe sentirse superior con el derecho que como estudiante se le otorga: que esa superioridad se arraigue en la obra colectiva. Y dada la importancia que adquiere la dirección del Centro, debemos de mostrarnos exigentes con sus conductores y pedirles un espíritu de sacrificio, y la conciencia de que en estos asuntos se recogen más dolores de cabeza que tranquilidad y bonanza, y que quien va a ellos con un espíritu de figuración vanidosa, encontrará su merecido en el cumplimiento del deber impuesto; que entonces le será penoso, y en la lucha diaria que entonces le será mezquina. Si con estas ideas proclamo la fórmula Pessolano-González es porque tengo la firme convicción de que sus candidatos están a la altura de las circunstancias, y harán honor a la vida universitaria de nuestro Centro y al prestigio interior y exterior de nuestra casa; tengo la firme convicción de que la fórmula antedicha, con el apoyo de la comisión que la integra, sabrá responder a las esperanzas que en ella pusimos, y cumplirá, dentro de lo posible, las promesas que

en el manifiesto expuso; tengo la firme convicción, repito, que la lista que hoy proclamamos, hará fructificar en noble árbol la semilla generosa que arrojó en su «programa», porque el ideal universitario, puesto en filosófica esfera, a éste lo ilumina y la sinceridad lo sustenta. Recojamos algunos de sus conceptos: «... queremos una vez por todas que el C. E. de F. y L. sea algo más que una oficina de publicidad de apuntes con una revista periódica, algo más que un título rumboso de importancia doméstica y actuación limitada o un pretexto constante de rencillas y conflictos de menor cuantía, y, en consecuencia, traemos — por primera vez a sus luchas — un concepto, una orientación y un programa que, perfeccionado con el tiempo y la experiencia y llevado a sus últimos términos por los sucesores que tuviéremos, puede conquistar para la Facultad que nos prohija, la dirección espiritual argentina que le pertenece.»

Y ahora felicitémonos que el viento viril de la acción oree nuestros entusiasmos, en los dos partidos que se disputan el triunfo, y felicitémonos los adherentes a la candidatura de B. Ventura Pessolano, de que este nombre, con el digno apoyo de la Comisión que le acompaña, sea depositario de gran parte de la simpatía de esta casa; este nombre cuyo prestigio intelectual es tan notorio, que me exime de toda presentación ante vosotros, que, como homenaje anticipado de su triunfo, os habéis reunido en esta sala, y con vuestro aplauso habéis otorgado a él y a los candidatos proclamados, la seguridad y la conciencia de su fuerza. Y deseemos, en fin, que la disciplina y altura intelectual que revelamos en las elecciones últimas del consejo universitario, presidan las alternativas electorales de nuestro Centro, y que ellas pongan un sello de ideal desinteresado de mezquindades y egoísmos, en la lucha que se entabla.

Siguió al señor Rohde, en el uso de la palabra, la señorita Isabel Salthú, de cuyo discurso extractamos:

Uno de los problemas más importantes en el momento actual es, sin duda, el feminista. Y a nosotras como argentinas y universitarias nos corresponde estudiarlo con detención, ver cómo se desarrolla en los distintos países para formarnos luego, con nuestro criterio de argentinas, un ideal de mujer, al que trataremos de acercarnos y elevar a las demás.

Consideramos hoy por hoy un anacronismo el pedir para la mujer el voto y la banca del Congreso, y creemos que el camino por el que se quiere llevar a la mujer argentina es el peor de todos. Esos cientos de obreras y empleadas que cruzan las calles de nuestra ciudad dando gritos, haciendo flamear banderas, esas mujeres que incendian, que levantan vías, que se valen del respeto que siempre ha tenido el hombre por la debilidad femenina, para detener trenes y tranvías, nos dice que la mujer va hacia el desprestigio, y el desprestigio de la mujer encierra en sí el desprestigio de la nación a que pertenece. Y el

único medio de impedirlo es educar a la mujer de las distintas clases sociales.

La mayoría de las obreras apenas ha aprendido a leer y escribir, y esto es peor que el mismo analfabismo, porque va a tratar de descifrar cuanta hoja caiga en sus manos y los papeles y revistas que circulan por talleres y fábricas son de los peores, de los que le dan un concepto irreal de la vida, de los que despiertan en ella los sentimientos de rebeldía hacia el superior y de odio al resto de la sociedad. Eduquemos a la obrera. Reemplacemos esas hojas por libros amenos e instructivos. Enseñémosle ante todo a ser una mujer honesta en el amplio sentido de la palabra, que ame el trabajo y valiéndonos de la historia, presentémosle ejemplos de mujeres laboriosas y sencillas, que fueron el honor de la Argentina.

Las que actuamos en las escuelas comunes conocemos el desinterés de nuestras compañeras por todo movimiento literario y científico. Pidamos la cooperación de intelectuales argentinos. Que éstos las convenzan desde la cátedra que un libro hermoso es quizá el único amigo verdadero y constante. Que se despierte en ellas el anhelo de saber cada día más y ser hora por hora mejores.

Y la cultura de la mujer debe ir más lejos. Debe ir hasta nuestros salones, para que desaparezca de ellos la niña frívola y coqueta, que sólo se ocupa de su persona. Enseñémosle a esa niña a juzgar una obra de arte, a sentir la música, a entusiasmarse ante una puesta de sol y una obra de arte. Enseñémosle estética para que sepa, según sus cánones, arreglar su salón y su persona.

Y esta obra inmensa, obra de titanes, piensa iniciarla la comisión que acaba de ser proclamada. No podrá realizarla, porque es obra de años, pero le corresponderá el honor de colocar la piedra fundamental. Por eso le daremos el voto en las próximas elecciones. Y nosotras todas, alumnas y ex alumnas, cooperaremos en el trabajo y exigiremos de los señores miembros cumplan como caballeros su palabra de contribuir a elevar la cultura de la mujer argentina.

Terminado el discurso de la señorita Salthú, hizo uso de la palabra el señor B. Ventura Pessolano, quien, después de expresar su agradecimiento por el honor que significaba para él su candidatura a la presidencia del Centro, «y esta calurosa adhesión a mi nombre, dijo, proclamada en forma tan amable por labios de dos amigos muy queridos», entró a defender los puntos de su programa atacados en la asamblea de la lista contraria.

«No en frente sino al lado de Bogliolo, mi antiguo compañero en jornadas memorables, dijo, me hallaran las actuales luchas del Centro, si mi rival, a quien le hago público homenaje de respeto y estimación, hubiera ido a la liza en otras condiciones y representando otras tendencias..., o si nos hubiera dicho, por lo menos, cuál era su programa de gobierno. Pero él no ha querido definir su futura

acción de presidente; le bastó hablarnos de «buena voluntad y buenas intenciones», dos datos subjetivos que se descuentan entre caballeros, y, en cambio, por primera vez en esta índole de luchas, se ha formulado un programa a costas del contrario, es decir, un programa negativo.»

«Las protestas de buena fe, que con los mismos títulos que Bogliolo puedo hacerlas yo, se han invalidado ya como argumento en todos los órdenes humanos... Vosotros sabéis que esa terrible máquina de hierro y fuego que se llamó la Inquisición las aducía entre los ayes de sus víctimas y al conjuro de Dios, la Verdad y la Justicia, tres altos conceptos del espíritu. La historia ha comprobado los crímenes de su bárbaro ministerio..., lo que no ha podido comprobar es que Torquemada no procediera «de buena fe»...

«Con buena fe han gobernado muchos tiranos y muchos ineptos, y con buena fe han pasado algunos presidentes del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras, una vida desmayada, dejando apenas un nombre más en la historia de la casa. Con buena fe podemos tener una concepción errónea de las cosas y un criterio equivocado sobre los problemas que se debaten, de modo que sobran razones para exigir que esa buena fe defina ideas, dé formas al pensamiento, ofrezca un criterio objetivo para que el juicio sea posible. Y porque así entiendo yo la lucha en los centros universitarios, escribí ese programa que todos conocéis, programa lírico, como se ha dicho — todas mis cosas tienen su bendita nota lírica — pero que acusa, cuando menos, la tarea de haberse meditado sobre un problema y la valentía de resolverlo en algún sentido.

Bogliolo no solamente disiente conmigo a este respecto, sino que halla censurable la presencia de esa hoja de papel... De ahí que su proclamación se redujera a un análisis de mi programa, no por cierto para contraponerle otro plan de acción, sino para demostrar «bona fide» también, que tal o cual asunto ventilado en el manifiesto o es irrealizable o tiene inconvenientes de ésta y aquella índoles...»

Después de referirse a las partes de su programa que no fueron criticadas, lamentándose que «la acritud que se tuvo para lo que se juzgaba malo, no se convirtiera en una palabra amable para lo que se silenciaba, seguramente porque se creía bueno,» entró a tratar los puntos censurados, diciendo:

«No me detendré a considerar los argumentos que puedan ostentarse en contra de la creación de una biblioteca... Sean los que fueren los califico de abstrusos y no me explico que Bogliolo, amante de los libros y dueño de una hermosa biblioteca, pueda encontrar razones para que el Centro no aspire a formar la suya, siquiera para evitar que nos enrostran, alguna vez, la vergonzosa ausencia. Otro es el punto de mi programa al que debo referirme extensamente, no sólo porque fué el más atacado sino también porque es el de mayor trascendencia social. He dicho, señores estudiantes, que los tiempos

modernos exigen que el antiguo concepto de la palabra «Universidad» se integre con un nuevo sentido de universalidad en cuanto al radio humano que abarcan sus beneficios; y porque el Estado no puede dar sino un limitado «minimum» de enseñanza y las condiciones de la vida no permite, a una gran mayoría, gozar de los frutos de aquel árbol de que nos habla el viejo símil, he dicho también que a la Universidad le corresponde realizar la cultura media del pueblo, o por lo menos, facilitar la instrucción superior de las clases pobres, a quienes las faenas diarias alejan del aula secundaria. Y no sólo, agregaba en mi programa, a la Universidad como institución, sino a sus estudiantes, que forman su elemento primordial, les corresponde esta noble tarea. «El Centro nada tiene que ver con la cultura del pueblo», se me ha replicado, y esta frase que puede no tener otro sentido que el expresado literalmente por sus palabras, envuelve un concepto sobre la Universidad y sus cosas, que conviene reverse.»

«Crear que la Universidad sigue siendo la inaccesible castellana medioeval, hasta cuyos balcones sólo podían acercarse en busca de caricias los que vestían jubón y llevaban espádenes, es ratificar un concepto aristocrático que tuvo en sus orígenes y que la afea actualmente. Bogliolo se equivoca cuando define el Centro que aspira presidir, como la vieja oficina que hasta ahora ha sido—encargada de unos cuantos pequeños intereses estudiantiles. Los Centros de estudiantes universitarios son algo más: son instituciones que deben secundar a las Facultades y compartir con ellas una parte de la misión que tiene esta clase de institutos en todos los pueblos civilizados, y entiéndase que esa misión no es fabricar doctores, año tras año, ni dar patente de sabiduría a unos cuantos, ni habilitarlos con un título para mejor luchar por la vida — que de ser todo esto, únicamente, la costosa institución sostenida con los dineros del pueblo, adonde él y yo vinimos en busca de un pergamino, sería un monumento de la injusticia social — sino la misión de formar la alta cultura nacional, por una parte y ampliar los horizontes intelectuales del pueblo, por otra.

No sé si mi concepto sobre la Universidad es el desacertado, pero afirmo que un gran espíritu de justicia le inspira y una gran nobleza le recomienda... Me consta que no está mal acompañado Bogliolo cuando piensa que para nada el Centro de Estudiantes debe ocuparse de la educación popular, puesto que desde esta misma tribuna donde hablo, uno de nuestros más eminentes catedráticos nos definía, hace algún tiempo, una Universidad de tipo profesional, pero he querido, además de quitarle a los centros universitarios su carácter de asociaciones de trascendencia doméstica, como dije en mi programa, que el obrero, a cuya dignificación asistimos, no siga viendo en cada uno de nosotros al futuro señor que, con los prestigios de su título, se incorporará a la clase social que le desprecia, cuando no le explota, sino al amigo, que en cambio de las comodidades materiales que él le proporciona con su trabajo doloroso, le da para solaz de sus rudas

jornadas, un poco de las luces que adquirió en esta institución, sostenida con el centavo que las leyes gravan sobre el pan de sus hijos.»

Después de historiar a grandes rasgos la historia de las Universidades occidentales, desde las más antiguas de los musulimes de Sevilla y Córdoba, hasta la Universidad imperial de Francia, «abstrusa Universidad, cuya caída sólo es comparable a la grandeza de su ignominia imperialista» y de demostrar cómo la Universidad «es religiosa y aristocrática a la sombra de los conventos, en la Edad Media; es política bajo el amparo de los monarcas muníficos en la Edad Moderna, burguesa y profesional en la época contemporánea, ha llegado, por obra de la evolución al período en que sus puertas deben abrirse para dejar libre acceso a los humildes, a los pobres, a los desheredados, que jamás bebieron las aguas de aquella fuente que Ruskin describe en sus «Mañanas de Florencia».

«Por todo ello, agregó el orador, os hablé, señores estudiantes, de crear un instituto bajo los auspicios del Centro, no para enseñar gramática, como decía el chiste de Bogliolo, sino para contribuir en forma modesta, si se quiere, pero digna, a la solución del grave problema nacional de la educación pública. Tres mil individuos, según las estadísticas oficiales, han acudido en vano a buscar un asiento en los institutos de enseñanza secundaria de Buenos Aires y de sus pueblos vecinos; tres mil individuos no tienen medios de ampliar sus horizontes mentales, y aquí se me hace burla cuando yo hablo de la posibilidad de instruir una mínima parte de ese alarmante porcentaje... El Estado no tiene recursos, señores, para instalar nuevos institutos oficiales, aparte de que puede discutírsele de nuevo el alcance de sus obligaciones en materia de enseñanza secundaria, pero los centros universitarios, si recabaran para sí la tarea que en los Estados Unidos y algunos países de Europa se adjudican las instituciones similares, podrían de «motu proprio», no digo resolver esta cuestión, que requiere medios que están fuera de sus alcances, pero sí quitarle el carácter de afrentoso que tiene ese guarismo para la cultura nacional.»

«Hace setenta años, agregó el orador, dos grandes argentinos, Alberdi y Sarmiento, se empeñaban en el hallazgo de una fórmula que fuera como la síntesis política de la República... Vosotros conocéis los lemas que adoptaron aquellos dos altos espíritus: «Gobernar es poblar», dijo el pensador de Las Bases, y abiertas nuestras puertas a los miles de extranjeros que enriquecieron con su trabajo el país, nuestros casi 10.000.000 de habitantes nos permite pensar que el problema así encarado ha perdido, felizmente, su tono perentorio. «Gobernar es educar», replicó el viejo montañés... y la fórmula de Sarmiento aún sigue esperando la solución definitiva.»

«Mucho me temo que un balance sobre la obra de cultura popular realizada por la nación desde el 53, arroje cifras muy pobres para las Universidades argentinas. Yo no discuto que ellas influyeron notable-

mente en la formación del bagaje intelectual de nuestras altas esferas sociales, pero afirmo que hicieron muy poco por la cultura del pueblo.»

Después de extenderse en este sentido y agregar que concebir una Universidad profesional es legitimar ese profesionalismo universitario que ha comenzado a ser un defecto de nuestra sociedad intelectual y que ya lo criticaba José Manuel Estrada en 1870, el candidato a presidente expuso, brevemente, los medios prácticos de que se podían echar mano para la creación de ese instituto y recordando a su auditorio el precedente de los 280 jóvenes que educan los «Ex alumnos del Colegio nacional de La Plata», demostró que el Centro de Filosofía, con más recursos y más obligaciones que la simpática asociación bonaerense, podía hacer por lo menos otro tanto.

En la misma forma se refirió a la necesidad de «la gremiación obligatoria», otro de los puntos de que trata su programa, y respondiendo a las objeciones que se le habían hecho sobre la posibilidad de organizar festivales con el objeto de allegar fondos a la futura biblioteca del Centro, dijo:

«No es cierto que nuestro festival de 1916 fuera un fracaso, como afirmó mi amigo Bogliolo, a quien quiero, desde esta tribuna, recordarle mi gratitud por su actuación distinguida en aquella inolvidable jornada de Septiembre... No pudo fracasar la fiesta donde Ortega y Gasset dijo su más bello discurso, y donde Ricardo Rojas leyó su «Oda latina», y quizás no fué la amabilidad, únicamente, la que le hacía decir al ilustre huésped español, refiriéndose a las niñas que representaron «Canción de Cuna», que «con ser muy bella la obra, valía más la compañía». Reconozco, señores, que el festival no dió el resultado económico que hubiera tenido si el Centro de Estudiantes hubiera tomado la parte activa que le correspondía y dirigido debidamente la administración aquella noche... Bogliolo sabe quienes son los culpables, y sabe también que ellos no figuran en mi lista...»

«Se ha dicho por ahí, continuó el orador, que faltan entre los que sostienen mi candidatura, las figuras prestigiosas de la Facultad. Yo no hubiera querido llegar a este capítulo ingrato, pero me obliga la amistad a recordar con íntima complacencia que al lado mío está Rohde, figura joven, con prestigios intelectuales bien comentados, está Probst, este admirable ejemplo de energía y voluntad humanas, están Heredia, Falcón, Moyano, que traen a mi lista los prestigios de sus títulos universitarios, está Acosta, el estudiante austero a quien todos conocemos, están Magnanini, González y muchos otros, a quienes no puedo citar porque quiero ser breve, y finalmente, señores, está el actual presidente, Manuel Lapido, al que debo hacerle, en esta ocasión, a título de censura, aquel reproche que un historiador formulaba contra los hombres del reinado de San Luis de Francia: el exceso de virtudes es un defecto en los gobiernos.»

«No he de citaros a vosotras, señoritas que me acompañáis en esta

campana, porque las leyes del honor impiden las gentilezas en épocas de elecciones. Sé que por ahí, un psicólogo baladí, de ciencia infusa muy notoria, se extendió para juzgaros sobre el capítulo «de las sensaciones», con la grosería científica de cualquier curandero del siglo XIII, y sólo por eso, para desagraviaros, quiero recordar que es viejo el pleito... San Agustín decía de vosotras «anima non est», pero no olvidéis que un sabio arzobispo del renacimiento italiano, fallando el asunto de vuestra inferioridad mental, replicaba con una frase que hago mía: «Yo no sé si ellas tienen alma... sólo sé que son deliciosas y todo lo que hacen, lo hacen con gracia...»

«No he de rebajar el tono de esta asamblea con una palabra ingrata para los que hablaron mal de mí y confundieron las luchas del Centro con la dignidad personal de los que están en ellas, pero como en alguna forma debo referirme a los que me injuriaron y me proyectaron sombras, permitidme que termine con un cuento que, en la lengua lugareña de mi hogar, me contaron cuando era niño:

Corre desvirtuada por una grosera adaptación moderna, una vieja historia, cuyos orígenes se remontan al siglo XVII. Vivían en las regiones del Guaiquiroró, según las crónicas, dos caciques guaraníes, Oberá y Guazú... (Antes de seguir quiero advertiros que el «üabajai», fruta agria muy parecida a la sidra, simbolizaba entre los indios del litoral, la ofensa y el desprecio...)

Por no sé qué razones, Guazú, indio taimado, estaba ofendido con Oberá, y deseoso de provocarle, le mandó, a la usanza del país, una canastilla llena de üabajai, que era como enviarle un desafío.

Recibióla amablemente Oberá, y sin desconcertarse, llenó la canastilla con flores de mburucuyá, símbolo entre los guaraníes del amor y del perdón y, entregándosela al indio mensajero, envió a su rival este recado:

«Rerahacá cheve üabajai, a che yaó, arahacá udebe mburucuyá, a ro ahijú: Ro hi porá; Nde a che ya meé ya recoba.» Esto es, señores: Me envías «üabajai» y me ofendes, te devuelvo flores y te saludo; estamos en paz; cada uno da lo que tiene...»

«Inspirado en la bella filosofía de Oberá, y recordando que en la vida lo justo es que cada uno dé lo que tiene, a todos los que me ofendieron, y para lastimarme el rostro me tiraron piedrecillas, les mando, como el indio serenísimo de mi cuento, mis pobrecitas flores de mburucuyá...»

Al terminar el candidato a presidente, visiblemente emocionado, su hermoso discurso, fué objeto de una ovación prolongada.

Cerraron la serie de los discursos, la señorita Haydée Yantorno y el señor Manuel Lapidó, con felices improvisaciones, que fueron muy celebradas, disolviéndose luego la asamblea en un ambiente del mayor entusiasmo.